

La Historia de un Trozo de Lechuga

En el plato de Milagros había un trozo de lechuga. Era una de las hojas exteriores de la planta y por casualidad el cocinero no la había echado a la basura con las otras marchitas.

La lechuga consiguió llegar al restaurante gracias a que el agricultor había instalado un eficaz sistema de riego que salvó las plantas durante un verano muy seco, y gracias a que los pesticidas mataron a los insectos que amenazaban la cosecha.

La lechuga llegó a existir porque durante miles de años sus antecesores recibieron suficiente agua y sol, y porque todos ellos tuvieron la fortuna de dejar descendientes antes de que fueran comidos o pisoteados o atacados por bichos o fulminados por un relámpago o inundados por un exceso de lluvia. Porque la cadena no se rompió.

Porque el ADN de millones de generaciones se adaptó. Porque mil millones de aminoácidos se reunieron precisamente en la secuencia correcta para producir proteínas. Porque trillones de moléculas elementales se combinaron para formar moléculas complejas. Porque billones de trillones de átomos fueron captados por la gravedad de nuestro sol justo a la distancia que favoreció la aparición de la vida. Porque hace catorce mil millones de años la singularidad se despertó...

Para Milagros la ensalada tenía demasiado vinagre y dejó la mitad, incluyendo el trozo de lechuga. Éste fue al cubo de basura de la cocina, después al contenedor de la calle y terminó en el vertedero donde se descomponía junto con una lata de atún, una compresa usada y toneladas de desechos más.

Dentro de quince años Milagros morirá en un accidente de coche y su marido decidirá esparcir sus cenizas en el río del pueblo donde se conocieron y que está cerca del vertedero. Algunas de las cenizas de Milagros se mezclarán con el lodo de la orilla, compuesto en parte por las moléculas del trozo de la lechuga. Milagros y la lechuga se unirán para formar parte de un junco que crecerá allí y será aplastado por un niño que juega con un barco teledirigido. El junco lo comerá un lucio cuyos descendientes no sobrevivirán a la caída en la tierra de un meteorito. Todo de lo que antes se componían Milagros y la lechuga -los neutrones, protones y quarks y la inmensa nada que los mantiene unidos- saldrá despedido al espacio y dentro de eones será engullido por un agujero negro.

En un restaurante de otra galaxia en otro mundo del multiverso una lechuga contempla su plato. Le encanta la vinagreta y se zampa con gusto el último trozo de Milagros.

Sudoku Extremo

Si el siete no va en esta columna ni en esta fila, debe ir aquí, murmulla Javier. Toma un sorbo de café y después escribe un siete en el centro de uno de los bloques del Sudoku. *Joder, no puede ser. Con el siete aquí no hay sitio para el dos.*

Bah, por lo menos con los crucigramas cuando me confundo puedo rectificar, piensa, pero con un Sudoku es imposible saber dónde está el error. Susurra y tacha con una cruz la página tres del cuaderno 'Sudoku Extremo'. Es el tercer juego seguido que no ha podido completar. No sabe por qué está torpe esta tarde y le fastidia. Como es domingo, decide no levantarse del sofá hasta terminar uno con éxito. Bueno, tampoco tiene muchas razones para levantarse de todas formas. Ya no hay que pasear a Poli ni ponerle comida ni rascarle detrás de la oreja. Y si empieza a hacer tareas de casa terminará dándole vueltas a todo. El Sudoku, un juego de deducción y eliminación, no le ayuda mucho a deducir el porqué de sus problemas, pero sí le ayuda a eliminar los pensamientos mientras su mente está llena de las cifras del uno al nueve.

Es casi como una meditación. La vecina le ha comentado que meditar le ayuda con los efectos de la quimio. Ella sí tiene problemas. Y los que no tienen trabajo o que huyen de las guerras... Él ¿qué? Que no encaja con los compañeros de la fábrica, que les irrita porque es lento, que no tiene gracia con las mujeres. Que no reconoció a tiempo los síntomas de la enfermedad de Poli. Bah, por eso tiene que seguir con los Sudokus, para no auto-compadecerse. A ver, si aquí podría ir el dos o el uno, aquí irá...

Solo le quedan cuatro casillas para rellenar el cuarto Sudoku, cuando ve que va a repetir el seis en una fila. Tiene que abandonar el siguiente juego casi nada más empezarlo por no tener sitio para el nueve en una columna. Jamás ha fracasado tantas veces. Quizás están mal hechos y es imposible hacerlos. Mira las respuestas al final del cuaderno. No, la solución está bien clara; el problema es él.

Una táctica nueva: bolígrafos de distintos colores: negro para los números seguros, azul para las casillas donde solo caben dos posibilidades, y rojo para rellenar todas las posibilidades en las restantes. Escribe las diminutas cifras con mucho cuidado esperando descubrir una celda donde solo cabe un número. Eso le ayudaría a rellenar otra y otra, hasta completar la tabla, como una fila de fichas de dominó cayendo. Si consiguiera perder peso -¿qué mujer va a fijarse en él cuando parece el luchador de sumo de la portada del cuaderno?- se apuntaría a una página de contactos, conocería a alguien, tendría más confianza, lo notarían los compañeros, le tratarían con más

respeto... ¡Pero cómo es posible! Tanto esfuerzo y tampoco ve cómo resolver este último Sudoku. Los coloridos números le miran desafiantes. Ha hecho miles de Sudokus antes. ¿Qué le pasa? Quizás ha tenido un ictus sin darse cuenta, y una parte de su cerebro ya esté muerta.

Podría mirar la página de las soluciones un nano segundo, suficiente para coger una pista. Pero teme hacer trampas; algo le dice que tiene que vencer a esos números él solo. Quizás ese es el problema, él solo. Cuando le acompañaba Poli, dormido a sus pies o a su lado, estaba más relajado y hacía los Sudokus sin pensarlo tanto. Tener más confianza, ser más espontáneo, eso era la respuesta.

Pero nada; otros tantos sin resolver. Usaría un lápiz, así podría volver sobre sus pasos y borrar los errores, elegir otro camino, conseguir otros resultados. Pero los números ya van abiertamente en su contra. El nueve es un martillo, el siete un hacha, el cinco le da la espalda, el cuatro le da codazos. El tres, el seis y el ocho, con sus curvas insinuantes, le desprecian. El dos se ríe en la cara. Varios unos forman los barrotes de una cárcel.

Es de noche, muy de noche, y cuarenta y ocho de los cincuenta Sudokus están tachados. Empieza a hacer el penúltimo pero el lápiz resbala en su mano sudorosa. *¿Qué voy a hacer si fracaso con los dos que me quedan?* pregunta a la alfombrilla donde, hasta hace solo un mes, se echaba Poli. Mira alrededor del salón: las persianas sin bajar; la mesa de comedor, de madera pulida, para invitados que nunca vienen; una estantería con libros llenos de palabras, una copia de las páginas amarillas llenas de números.

Javier duda un segundo, pone el libro de Sudokus en el sofá, se levanta y coge el directorio de teléfonos. Le pesa como una losa. Tantas y tantas personas en esta ciudad, piensa mientras lo ojea. Tantas y tantas combinaciones de nueve cifras, cada una única. Esboza una sonrisa mientras marca el número que buscaba: 941 623587

–El teléfono de la esperanza. Soy María. ¿Cómo le puedo ayudar?

A vista de pájaro

Mientras veía pasar el cortejo fúnebre de mi propio entierro, recordaba la frase famosa de Oscar Wilde. Esa que dice: “los rumores sobre mi muerte son bastantes exagerados”.

Desde arriba, y en la compañía de un solitario halcón me cernía y observaba cómo el coche fúnebre se dirigía al cementerio. Lo seguían mi padre, los acróbatas, los malabaristas, el tragafuegos, la domadora de leones y los payasos. Todos los miembros del circo; todos los miembros de mi mundo, puesto que yo no había conocido más mundo que el del circo.

El tétrico camposanto se hallaba alejado del pueblo, entre los áridos campos de La Pampa. Yo planeaba sobre él, y entre las tumbas grisáceas y agrietadas vi la lápida de mi madre. Se murió cuando yo tenía diez años.

Mi padre estaba muy triste pero no desconsolado porque veía en mí cualidades y aptitudes que sugerían que yo sería capaz de igualar, o incluso superar, el talento de mi madre. Mi padre iba a convertirla en realidad su sueño de formar la mejor pareja de trapecistas del mundo.

Con este propósito, una semana después del funeral de mi madre empezó mi formación. Todos los días entrenaba durante seis horas, seguía una dieta estrictamente controlada, y toda mi vida estaba dedicada exclusivamente a ser un artista excepcional.

Con catorce años debuté en el circo. La gente me miraba boquiabierto al ver cómo saltaba, giraba, daba piruetas y volteaba en el aire. A veces se oían sofocados gritos de asombro, cuando parecía inevitable que cayera, pero en el último momento siempre conseguía alcanzar el columpio.

De vez en cuando, me fijaba en las niñas que acudían al espectáculo. Sus ojos, llenos de admiración, brillaban como las lentejuelas de mis trajes. Yo las miraba con envidia y una sonrisa tan falsa como los diamantes que adornaban mi pelo. Ellas creían que yo realmente era capaz de volar, que me podía mover a mi antojo. La realidad era que todo era tan milimetrado, coreografiado, militarizado por mi padre, que me movía como un autómatas. Ellas veían en mis movimientos libertad. Yo me dolía de mi esclavitud.

Cuando cumplí los dieciocho años mi padre y yo habíamos alcanzado una fama que se extendía por todo el país. Un día recibimos una invitación para actuar en una gala dedicado al Presidente en el Teatro Colón de Buenos Aires.

Pero también a los dieciocho años había conocido a un chico. Un chico del público que una noche, detrás de la carpa, me enseñó a moverme a otro ritmo, a usar otros músculos y me encontré embarazada.

Mi tripa era plana como una tabla y el diminuto bulto empezó a notarse en seguida. Mi padre me arrastró hasta una clínica clandestina en los barrios bajos de nuestra ciudad. Allí, la fuerza de mis desarrollados músculos abdominales ayudó a la abortista en su labor.

Anteayer, fue el día del gran espectáculo y por primera vez en miles de actuaciones hice un movimiento espontáneo. Salté desde el columpio más alto al suelo, más allá de la red de seguridad y caí con un golpe sordo a los pies del Presidente.

Ahora hay rumores de que ando por El Teatro Colón. Dicen que nadie quiere ya usar mi camerino porque está embrujado.

¡Tonterías! Estoy más viva que nunca. Ahora sí, soy libre, libre para volar, lanzarme en picado y remontar, subir y bajar a mi antojo. Y siempre acompañada por mi polluelo, que revolotea a mi lado.